

Politicamente Corretta

"His Master's Voice"



The Gramophone Company Ltd Hayes, Middlesex.

Adembau Doe



Hay un viejo dicho: Si tienes una idea y una mujer, mas te vale que coincidan.

Que es viejo se podría obviar. La unión del concepto de posesión y el sustantivo mujer indica claramente que procede de una época antigua y afortunadamente olvidada en la que el lenguaje era utilizado con una detestable intención de someter, sojuzgar y anular a la mayor parte de la humanidad: las mujeres. Deleznable.

Pero, como todos los dichos populares encierra, aparte de una verdad genérica, una síntesis de conocimiento que define en pocas palabras el resultado de muchos años de observación y comprobación.

¿Por qué éste aforismo es cierto? La primera parte no especifica; una idea es una idea; puede ser, un proyecto, un deseo, un propósito, una convicción, una opinión...

La segunda tampoco especifica; una mujer; cualquier mujer. Puede ser conocida o no, novia, esposa, compañera de trabajo, madre, extranjera, policía local... Para nuestro estudio vamos a suponer que la mujer es conocida y socialmente cercana. Una novia o esposa.

En la tercera parte, está la afirmación: Más te vale. Encierra en primer lugar una amenaza velada; algo te puede pasar si no se cumple la cuarta parte: que coincidan.

¿Por qué tienen que coincidir dos entidades tan dispares, ideas y mujeres? ¿Y qué puede pasar si no es así?

Las ideas en sí mismas no son ni malas ni buenas, son elaboraciones de la mente humana y por tanto naturales, como una alcachofa o una nube. Dependen de su materialización para que se conviertan en algo.

Entonces tenemos, que pueden perjudicar si se dan en combinación con el elemento mujer. ¿Y por qué algo que no es ni bueno ni malo, te perjudica en combinación con otros? Tiene que ser por la reacción mutua. Pero las ideas son inertes, no provocan alteraciones mientras no se materializan. Entonces, el elemento reactivo, el catalizador, debe ser la mujer.

¿Pero si la idea no se ha materializado?, es decir, no existe más que en el cerebro, ¿Por qué hace reaccionar a la mujer?

Debe de ser por esa facultad exclusivamente femenina, puesta en duda a menudo, pero evidentemente real. La intuición. Perciben que tienes una idea. No se conoce el mecanismo real que encierra este fenómeno pero así es. Lo perciben con absoluta certeza. Hay quien dice que es una reacción de protección ante lo desconocido y potencialmente peligroso; pero los hombres carecen de ella, aunque su rol evolutivo es más proclive a ponerles en peligro.

No debe ser eso. Otros malintencionados dicen que es una reacción provocada por la inseguridad femenina. Mezclar inseguridad y femenino en la misma frase es una maldad deliberada. Debe ser castigada y así se hace. No hay que tomarla en consideración para nuestro análisis. Sólo cabe explicarlo por la existencia de una capacidad exclusiva en las mujeres. Están dotadas de un don de la naturaleza. Quizá poco estudiado, pero un don.

No como el de los animales que intuyen el fuego lejano o la inminencia de un naufragio. Un auténtico don, que no necesita de sutiles indicios para manifestarse.

¿Y para que sirve el don? Ahora lo veremos.

Sirve para activar otra capacidad femenina, extremadamente desarrollada: La curiosidad.





La curiosidad es la expresión máxima de la facultad del intelecto humano para acercarse a la comprensión del Cosmos. Es lo que nos ha permitido levantar la cara del polvo y mirar a las estrellas. Bendita curiosidad.

Pero la curiosidad debe ser satisfecha. La mente, necesita insaciablemente respuestas.

Te lo preguntan. Sin más. Así de sencillo es que una idea intangible, se materialice.

Pero no es una pregunta directa y grosera. La sensibilidad que caracteriza el modo de hacer femenino, convierte una simple pregunta en un fino protocolo, elegante, sutil y respetuoso.

La mejor manera, es mostrar interés en primer lugar por la persona. Cortés y educadamente.

Pregunta: *¿Estás bien, Cari?* O cielo, o amor o cualquier otra expresión de afecto profundo y sincero, para relajar. Si se pregunta con afecto no hay otra manera correcta de responder más que correspondiendo.

Pero sabido es que el cerebro masculino encuentra dificultad para elaborar las soluciones más simples. De manera que respondes: *¿Sii, por qué... Churri?*

Evidentemente se pretendía responder también con afecto, pero... *¿Churri?* ¡Que grosería!

Afortunadamente la benevolencia natural y la clara jerarquización del pensamiento femenino hace que se priorice lo importante y pasa por alto, de momento, la falta de delicadeza.

Redobla su esfuerzo cargando un poco más las tintas en el legítimo interés y en las muestras de afecto, para traspasar la niebla espesa que es el entendimiento masculino, e insiste:

Por nada, cielo, (o cari o amor) como estabas tan callado...

Es asombroso lo que una frase cuidadosamente construida puede encerrar y sugerir. De que manera es posible conjugar profundo respeto y sugerencia sutil. Como se tienden puentes a la comunicación, a compartir, al conocimiento mutuo, todo desde el más profundo afecto.

La aparente declaración de desinterés inicial, en contraste con el motor interno de la conversación, es un despertador de consciencias, pero formalmente es una declaración de paz: No es importante, no te sientas amenazado, no hay peligro. *Cielo.* Cariño verbal para subrayarlo. Es perfecto.

Luego, viene la *pièce de résistance*: *Como estabas tan callado...*

¡Eras tú quién estaba gritando en silencio, pidiendo ayuda desesperadamente y ni te habías dado cuenta, estulto! Pero una vez que te ha sido revelada, con delicadeza extrema, la existencia de un problema, se te ofrece la solución, con una generosidad sublime: ¡Habla!

No puedes rechazar la oferta, sería un crimen de lesa humanidad. ¡Si además es por tu bien, inmaduro!

Y hablas: *Noo... es que estaba pensando en... cortarme el pelo... ya sabes, cortito.*

Te sientes naturalmente aliviado. Ya está. *¿No era tan difícil, no? Pero espera, algo no va bien.*

Los mayores desastres sufridos por la humanidad, prescindiendo de catástrofes naturales, han comenzado por ideas nefastas, imprudentes, alocadas o enfermizas. Es un hecho. Y con toda probabilidad, la primera vez que alguien las escuchó, hizo lo mismo que está pasando ahora. Se mantuvo en silencio.

Hay silencios clamorosos, hay silencios amenazantes, hay silencios angustiosos, pero nada parecido al que se ha producido. Hace buena tarde, la calle está en una calma perfecta y hasta aburrida, nada parecía indicar que ibas a provocar un cataclismo, pero seguramente lo has hecho.





De todas formas y ante la falta de evidencia física suficiente (para ti, claro) preguntas:

¿Qué te parece...?

¡Por Dios Santo! ¿Que qué la parece? ¡Haber empezado por ahí! ¿Qué la puede parecer que la excluyas, que la ocultes, que sólo pienses en ti, que destroces el proyecto común que tanto habéis tardado en construir? Y todo por una frivolidad, un insignificante capricho, un sucedáneo de solución a tus auténticos problemas. Responde sinceramente: ¿Qué te parecería a ti?

Pero si existen actos de bondad en el Universo, hoy los vas a presenciar.

¿Crees que te quedará bien? Dice, con una mirada, naturalmente, dolida y grave.

De repente te sientes sólo. El uso tácito, exclusivo y repetido de la segunda persona indica rotundamente que ha reconocido tu voluntad de alejarte y te da espacio, pero aún así te da la oportunidad de recapacitar, de corregir, si es tu deseo, de mantener abierta la puerta de la comunicación y el compromiso. Si tuvieras sensibilidad se te haría un nudo en la garganta. Pero no la tienes y carraspeas. Para ganar tiempo, para decidir si echas por la borda tu vida en un momento o aceptas de una vez que no hay nadie tan maravillosa, tan delicada, tan abnegada, inteligente, afectuosa y protectora como ella. ¡Lo acabas de presenciar! ¿Que más te hace falta?

Intentas restar importancia. ¡Como si fuera posible! Balbuceas:

¡Bah! ¡Si sólo era una idea, tampoco era en serio!

Que sólo era una idea estaba claro, pero...¿Que no era en serio? Y has causado todo este dolor, ofensa, desprecio... ¿y no era en serio?

Pero otra capacidad no suficientemente valorada de la mujer es su increíble fuerza moral para sobreponerse a las catástrofes y proporcionar además perdón, comprensión y una segunda oportunidad.

Después de caminar un rato, juntos pero no próximos, entre un silencio helador que presagia lo peor, repentinamente, como un prodigio, se produce el milagro del amor.

Al pasar por delante de un escaparate, se para ante él, mostrando interés.

Y ahí comienza tu redención. Te lo está indicando. No lo estropees esta vez.

Parece que finalmente el viejo dicho era cierto, pero con un resultado inesperado. No era la mujer la que amenazaba, en la combinación propuesta. Eran las ideas.

Y efectivamente, más te vale que coincidan. Por tu bien.

